

**CUANDO REGRESES
A NEW YORK...**

De Carmen Pombero

PREMIO JOSÉ MARTÍN RECUERDA 2003. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía
Delegación de Granada, Centro Andaluz de Teatro, Diputación de Granada y Caja Granada.

SINOPSIS

Un drama de familia en tres actos y con cinco personajes. La aparente estabilidad de una familia de comerciantes se tambalea con la enfermedad del patriarca, un Alzheimer con brotes violentos contra su esposa, lo que obliga a los hijos a separarles tras cincuenta años de matrimonio. A raíz de este suceso se irán descubriendo las miserias, frustraciones y sueños incumplidos de cada miembro de la familia. Un melodrama que habla de desamor, homosexualidad, infidelidad y rencor en clave costumbrista con tintes poéticos.

INFORMACIÓN

Texto de 78 páginas, tres actos. Doce escenas, dos intraludios y un prólogo. Ha sido estrenado en Houston, Texas, con música en directo.

PERSONAJES

MARÍA. 80 años. Mujer con carácter que encierra muchos secretos.

JOSÉ. Su marido. Algo mayor. Un anciano encantador que poco a poco va perdiendo la cabeza.

PACO. Hijo de María y José. 55 años. Castigado por la vida y los sueños rotos.

ISABEL. Hija de María y José. 52 años. Frustrada porque se siente insatisfecha y malquerida.

JAIME. Cuñado de Paco. 53 años. Prepotente y egoísta.

ESPACIO ESCÉNICO

La tienda (el almacén).

El salón de la casa de los ancianos.

El dormitorio de los ancianos.

Espacio vacío para sueños rotos.

PRÓLOGO

El escenario se ilumina. En un lateral, hay una mesa camilla con dos butacas. MARÍA y JOSÉ, un matrimonio de ochenta años, comen un limón a medias. Ella lo parte en rodajas que le da a su marido. Él las chupa, para sacarles todo el jugo que puede. María hace lo mismo con los gajos que se reserva para ella.

JOSÉ

Este limón está amargo.

MARÍA

Tú si que estás amargo.

JOSÉ chupetea otro gajo, pero lo escupe.

JOSÉ

María, es que has ido a coger el limón más amargo que había en el cesto.

MARÍA

A ver, trae ese gajo que has tirado.

JOSÉ obedece y recoge del suelo el gajo. MARÍA se lo lleva a la boca.

MARÍA

Pero si sabe igual que los míos, José. Esto no está amargo. Está... como están los limones. Todo lo inventas para no comértelo. Sabes que tiene muchas vitaminas. Tenemos que tomarnos dos al día en ayunas.

JOSÉ

¿Y eso quién lo dice?

MARÍA

Mi abuela, que en paz descansa.

JOSÉ

Si a mí me parece muy bien todo lo que decía tu abuela. Yo lo único que pienso es que esto está más amargo que la madre que me parió, que espero que también descansa en paz.

MARÍA

¿Qué te gusta enredarte para no comerte los limones, José!

JOSÉ empieza a mecerse y tararea una canción. Su mujer le mira extrañada.

MARÍA

¿Qué estás cantando?

JOSÉ

Anoche no pude dormir porque tenía esta canción metida en la cabeza y no me la podía sacar. ¿Te acuerdas?

JOSÉ tararea la canción con más fuerza y, como puede, se levanta para dar unos pasos de baile.

MARÍA

José, que te vas a caer, por Dios. Tú ya no estás para hacer locuras.

JOSÉ

Yo bailé contigo esta canción hace mucho tiempo, ¿verdad?

MARÍA

No, yo no he bailado esto contigo.

JOSÉ

Sí, sí que lo has hecho. Tu llevabas ese vestido azul con unas flores... ¿blancas? Sí. Eran blancas, ¿te acuerdas?

MARÍA

¿Qué vestido? Anda, tú estás chocho. ¿No me estarás confundiendo con otra?

JOSÉ

Y llevabas tu pelo oscuro, suelto... Sujetándote esa onda con una horquilla roja.

MARÍA

¿Pero de qué estás hablando?

JOSÉ

¿Qué edad teníamos?

MARÍA

Pues echa las cuentas... Tú naciste en el veinte y nos hicimos novios en el cuarenta y en el cuarenta y cinco nos casamos.

JOSÉ

No... Yo no nací en el veinte.

MARÍA

¿Cómo qué no? Si has cumplido este año los ochenta y dos.

JOSÉ

Yo no puedo tener ochenta y dos. Esa es la edad de mi hermano...

MARÍA

José... ¿qué te pasa? Tu hermano era...

JOSÉ

Mi hermano... ¡Qué bromista es! ¿Sabes lo que me dijo ayer?

MARÍA

Pero José...

JOSÉ

Me dijo que yo le hacía trampas al dominó. ¿Cómo? ¿Se cree que puedo ver las fichas estando del revés? ¡Ni que yo fuese adivino!

MARÍA

José, pero si tu hermano... No has dormido nada esta noche por culpa de ese insomnio. ¿Por qué no te acuestas un rato?

JOSÉ

¿Te imaginas que yo a la vejez tenga poderes en la mente?

MARÍA

Acuéstate un rato. Estás confundiendo las cosas. Acuéstate...

JOSÉ

Anda, anda. Trae otro gajito, verás que pronto me lo como.

MARÍA le da otro gajo a su marido. Él lo chupa y cierra los ojos como si tratase de apreciar mejor su sabor. Tras pasar así unos instantes, lo escupe, asustado.

JOSÉ

¿Me quieres envenenar?

MARÍA

¿Qué hablas?

JOSÉ

Me quieres envenenar, María. Esto no sabe a limón.

MARÍA

Anda, deja de decir tonterías. No te lo quieres comer, pues no te lo comas. Allá tú.

JOSÉ

¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? Te quieres quedar con toda la casa, ¿verdad?

MARÍA

Anda, deja ya de jugar.

JOSÉ

No... No es la casa. Soy yo. Ya te estorbo. Soy una carga para ti. Quieres que yo deje de ser una molestia para ser libre... Toda tu vida dependiendo de mí y te has cansado... Ya no quieres tener que estar pendiente de nadie...

MARÍA

Anda, José, siéntate, que te vas a caer. No te sofoques...

JOSÉ

¿Sabes qué te digo? ¡Qué me voy a vivir con mi hermano! Estoy cansado de tus mentiras. ¡Siempre me has querido dominar!

MARÍA

Tú hermano está muerto, José. ¡Deja de torturarme así!

JOSÉ

¡Embustera! Me mientes para volverme loco. Yo jugué ayer a las fichas con mi hermano Juan.

MARÍA

Tú hermano murió hace más de cuarenta años, José.

JOSÉ

(JOSÉ ROMPE A LLORAR DESESPERADO.) ¡Embustera! ¿Por qué me quieres hacer daño? ¡Por qué!

JOSÉ trata de abalanzarse sobre su mujer, pero en el intento, sus débiles piernas le fallan y cae al suelo.

MARÍA

¡José! ¡Dios mío!

MARÍA se levanta y corre hacia su marido para socorrerlo.

JOSÉ

(LLORA.) María... María, me duele mucho.

El escenario queda a oscuras, fundiéndose con la canción de Machín que JOSÉ tarareaba.

ESCENA I

*El escenario se ilumina, para dejar ver lo que parece un almacén.
La canción de Machín ha terminado.*

*PACO entra en escena. Es el hijo de María y José. Tiene unos cincuenta y cinco años.
Es un hombre de baja estatura y algo corpulento.
Sobre su ropa, lleva una bata de trabajo azul.
Parece un hombre triste y cansado de su propia vida. Pero en sus ojos oscuros, que contrastan con un cabello que ha sucumbido a las canas, se percibe un brillo que se resiste a desaparecer. Una mirada atrapada en el anhelo de una ilusión...*

*PACO deposita las cajas que lleva en una de las estanterías. Mira a su alrededor y, seguro de que nadie le ve, abre una de ellas y saca un antiguo aparato de música. Dentro de la caja también se encuentran unos viejos discos. Desempolva uno de ellos y lo coloca en el aparato.
La canción de New York, New York, por Frank Sinatra y Tony Bennett, empieza a sonar.*

*PACO cierra los ojos y emocionado, sonríe con los primeros acordes.
Con suavidad se mece, invadido por la nostalgia y el recuerdo.*

Poco a poco, la emoción se apodera de él, y permite que su cuerpo siga el compás de la canción.

PACO se mueve por el almacén como si de una estrella de musical se tratara. Las cajas se convierten en sus distintas parejas de baile y las barras de la estantería le sirven para realizar tímidas piruetas.

Como un chiquillo, recorre el espacio dando vueltas y corretea, mientras improvisa pasos que le vienen a la memoria.

En el momento final de la canción, PACO termina en el centro del espacio, de rodillas con los brazos abiertos y sonríe al frente, satisfecho.

Una risa que procede del lateral interrumpe su apoteósico final.

JAIIME, el cuñado de PACO, aparece. Es apenas tres años más joven, pero el tiempo parece haberle tratado con más justicia. Aún conserva su atractivo y una mirada de seductor empedernido que se ha hecho más poderosa con los años. Es más alto que su cuñado y, pese a que va vestido igual que éste, a él el uniforme le da un aire distinguido, como si vistiese de esmoquin.

La segunda canción del disco se ve ahogada por la incontenible risotada de JAIME. PACO se siente ridículo e impotente, no puede ni levantarse del suelo, en el que sigue de rodillas.

Lentamente baja los brazos y la cabeza, humillado por la risa de su cuñado.

JAIME

¿Pero tú te crees que esto es Hollywood?

PACO se levanta del suelo. Su cuñado sigue sin poder contener la risa.

JAIME

Sigue soñando, cuñado... Sigue soñando.

PACO apaga el tocadiscos.

JAIME

Pero créeme, Paquito. Estás en un almacén de ferretería. Es mi almacén. Y estamos en Fuencarral... No en la Gran Manzana.

PACO

(AVERGONZADO.) Lo sé... Ya lo sé. Esto... no es Nueva York.

JAIME

¿Querías ser una estrella de musical o de cine?

PACO

No, nada de eso... Yo sólo, recordaba...

JAIME

Recordabas... Sí, ya. Los rascacielos, las limosinas y esos taxis amarillos que iban por...

PACO

Sí... por la Quinta Avenida, hasta llegar al Central Park...

JAIME

Ese parque, sí. Pero el Retiro es mejor parque, cuñado. Nunca has apreciado lo que había en tu ciudad. Claro, aquí no tenemos un Broadway... Cuéntame cosas de allí, que me gusta oírte.

PACO

Sí... bueno... Yo... Había muchas luces de colores. Parpadeaban... parecía que no querían dormir por las noches...

JAIME

¡Pero si nos ha salido poeta! Paquito, esto es el mundo real, déjate de retórica... (DECLAMANDO.) El puente de Brooklyn, atravesando el Hudson...

PACO

... los barcos se podían ver desde aquel muelle...

JAIME

¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo, y mira que me has hablado de él mil veces...

PACO

... siempre estaba lleno de turistas... Debía ser su lugar favorito...

JAIME

Lástima lo de las Torres... Desde allí si que había buenas vistas, ¿verdad?

PACO

No lo sé... No subí nunca.

JAIME

Quince años de emigrante en la gran ciudad y nunca subiste a las Torres... ¡Qué desastre! Siempre has sido un desastre. ¿Y a la Estatua de la Libertad?

PACO

(AGACHA LA CABEZA.) Tampoco...

JAIME

¡Ves como eres un mamarracho! No subiste ni a las Torres ni a la Estatua... ¡Después de quince años! Ahora, ya no hay Torres, ¿ves? No podrás volver a tener una oportunidad.

PACO

No, ya nunca la tendré...

JAIME

Ese es tu problema, cuñado. No sabes aprovechar las oportunidades. Seguro que en los quince años que estuviste en Estados Unidos podrías haber hecho algo mejor que trabajar de camarero en esos restaurantes gallegos del West Side. ¿Se dice así, no?

PACO

Sí, West Side.

JAIME

¡Cómo la película! Eso es. Como la película... Apuesto a que te pasabas el día en el cine. Allí te debiste fundir todo el dinero.

PACO

No, claro que no. Eso que dices no...

JAIME

¡Claro que no! Ahora lo entiendo. No fue el cine... Fueron los musicales... Siempre te han gustado mucho, ¿verdad? (AGARRA DEL HOMBRO A SU CUÑADO EN UNA ACTITUD CONDESCENDIENTE.) Mira a Bernardo. Él se fue y regresó con una fortuna... Trabajó de camarero y ahora tiene su propio negocio. Y, ¿qué me dices de aquel otro? ¿Cómo se llama? Prado. El apellido es Prado. Ese se quedó. Vive en New Yersey y es dueño de un par de locales en el West Side ese... Pero, tú, cuñadito... Hubo que traerte para que no te murieras de hambre... ¡Cómo se puede ser tan torpe y tan inconsciente! ¿Cómo lo hiciste? Un día me lo tienes que contar. Regresaste a tu país en peores condiciones. (RÍE.) ¡A quién se le ocurre!

Una voz femenina se escucha desde el lateral.

VOZ

¿Señor Jaime? ¿Hay alguien ahí? ¿Quién despacha, oiga?

JAIME

Venga, deja de hacer numeritos musicales y ordena el material que ha llegado hoy. Yo tengo que salir a despachar.

PACO

Sí, Jaime.

JAIME

Y no tardes, hoy hay mucha gente. Ya sé que no sirves para estar de cara al público... (LE ARREGLA LA BATA.) No tienes presencia... ni talante... Pero yo solo no puedo.

PACO

Por supuesto, no... no tardo nada.

JAIME

¡Y a ver como colocas las puntillas! Siempre te haces un lío y las pones en el sitio que no es.

JAIME sale, tarareando New York, New York entre risas.

PACO obedece a su cuñado y comienza a colocar las puntillas en sus correspondientes cajas. Las saca una a una, las observa y comprueba el tamaño de la cabeza para saber donde las tiene que guardar.

La canción de Autum in New York, interpretada por Frank Sinatra comienza a oírse como un susurro.

PACO cierra los ojos. Parece que vuelva a sucumbir a la nostalgia.

PACO

En aquel muelle había una terraza desde la que podías ver pasar los barcos, allí sentado, durante horas...

Nunca subí a las Torres. Pero a menudo, me paseaba por el World Trade Center. Me sentía protegido rodeado por todos aquellos edificios de cristal... (SE COLOCA DE RODILLAS EN EL SUELO, DONDE VUELCA LAS PUNTILLAS PARA SEPARARLAS MEJOR.) No, nunca subí... Me parecía que era cosa para los turistas y yo no tenía ningún interés en ver la inmensidad de la ciudad desde los rascacielos. En cambio, me gustaba pasear por las calles del Soho... Mezclarme con la gente en Chinatown... Formar parte de sus vidas vertiginosas por la Quinta Avenida... y no ser un simple espectador desde las alturas...

Nunca subí a las Torres. Pero recuerdo que me encantaba el ascensor de cristal que había en aquel hotel de Broadway... Era uno de esos ascensores exteriores. A medida que subía una planta tras otra, se descubrían ante tus ojos las luces de la ciudad que nunca duerme... Esos letreros que te llamaban con un coqueto parpadeo... Invitándote a trasnochar con ellos...

¡Qué feliz me sentía cuando estaba dentro de ese ascensor! Era como... estar en una carroza de cristal. Un cosquilleo subía por mi estómago... A veces, cerraba los ojos y sólo los abría cuando ya había llegado a lo más alto. Entonces, como una explosión de fuegos artificiales, aparecía Broadway... Mi querido Broadway...

No. Tampoco subí a aquel barco que te llevaba a la Estatua. ¿Para qué? No lo necesitaba... Yo tenía mi propio rincón para ver Manhattan. Un lugar escondido en Brooklyn. Allí, junto al río, bastaba atravesar un pequeño campo que había

sobrevivido a los edificios... Sentado, a la orilla, zambullía mis pies cansados del trabajo y miraba el atardecer... El sol caía sobre Manhattan y la teñía de rojo y plata. Y nuevamente, las luces se hacían las dueñas de la ciudad... Cuando llegaba el otoño, prefería Central Park. No, no es como el Retiro, querido cuñado. Tú nunca has estado allí ni en ningún otro lugar. No puedes comparar. Central Park era como un oasis en el desierto. Cuando te tumbabas sobre la hierba y mirabas hacia arriba, los rascacielos te observaban desde lo alto como si fuesen palmeras gigantes... En otoño, las hojas lo cubrían todo y las parejas paseaban cogidas de la mano, como recién casados que atraviesan una alfombra de pétalos de rosas a la salida de la iglesia. Jamás te he visto coger de la mano a mi hermana de esa forma. Como dos enamorados... Nunca la has llevado a ningún lugar... Ni siquiera al Retiro... Pobre Isabel... No pudiste visitarme. A ti te hubiese gustado... Te habría enseñado el Año Nuevo en Chinatown y las fiestas de la Virgen en Little Italy. Habríamos tomado café en el French Roast, frente a uno de sus enormes ventanales para ver pasar a la gente y opinar sobre lo que llevaban puesto... Como hacíamos de pequeños a la puerta de la iglesia los domingos. Desde allí, sentado frente a mi café, vi nevar sobre Nueva York por primera vez. ¿Recuerdas? Te lo conté en una carta. “Hoy ha nevado”, te dije, “y es lo más hermoso que he visto jamás...” Esa ciudad... Prometí que nunca podría conmigo. Que sobreviviría a su dureza... Me equivoqué, tal vez... Nunca podré olvidar mis regresos a casa por la noche en el metro, sobre el puente de Williamsburg. Bastaba mirar atrás para ver como Manhattan se alejaba... aún despierta... hasta la madrugada...

La voz de JAIME se escucha con violencia desde un lateral.

OFF JAIME

¡Paco! ¿Quieres salir de una vez? Hay gente esperando. Disculpen. Mi cuñado se entretiene con el vuelo de una mosca.

PACO

(SALE DE SU ABSTRACCIÓN.) Ya voy, ya voy. Estoy terminando con estas puntillas... ¡*Mierda!* Siempre me tiene que pasar lo mismo...

Carmen Pombero

PACO recoge las puntillas con rapidez, las coloca en las cajas correspondientes de cualquier manera y sale de escena.

PACO regresa inquieto. Ha dejado su viejo equipo de música destapado. Lo coloca todo en orden, con delicadeza.

OFF JAIME

¡Paco!

PACO se sobresalta y acude a la llamada de su cuñado a toda velocidad.